

pues Augusto III lo nombró ministro de Polonia en la corte de Rusia.

En ese tiempo Soltikof habia partido, la princesa Sofia se hallaba con el corazon lastimado, era curiosa, y las aventuras, peligros y trabajos de Estanislao Poniatowski habian llegado por la distancia á la corte rusa, aumentadas, como sucede siempre, y la habian interesado vivamente. Tuvo muchos deseos de conocer al héroe; y el héroe de estas verdaderas aventuras novelescas tenia ya formado su plan.

La princesa, en una palabra, olvidó enteramente á Soltikof y adoró á Poniatowski. Algunos años despues, cuando ya no ecsistian mas que memorias y dulces recuerdos, la princesa Sofia, que era ya una poderosa emperatriz, hizo que la Polonia proclamara como su rey y señor á su antiguo y nunca olvidado favorito, y el jóven oscuro de la Lituania, el prisionero protegido y amparado por Madama Geoffrin, fué en efecto proclamado el año de 1764 rey de Polonia, con el nombre de Estanislao Augusto II Poniatowski.

Verdad es que fué el último rey, y el rey mas singular del mundo. Fué poco á poco acabando con la Polonia, hasta que no quedándole ya ni un palmo de territorio suyo, tuvo necesariamente que dejar desocupado el trono, como un mueble viejo, inútil y ocioso.

La primera desmembracion hecha por la Rusia fué el año de 1772.

La segunda hecha por Federico de Prusia y Catarina, fué el año de 1793.

La tercera; la Prusia, la Austria y la Rusia, se dividieron definitivamente toda la Polonia.

Poniatowski se retiró á Rusia y murió el año de 1796.

Catarina hizo á su favorito el regalo mas original del mundo.

Le dió una corona; pero le quitó el reino.

Pasemos al sucesor de Poniatowski.

Habia en la artillería rusa un jóven que tenia solamente el grado de teniente. Este jóven era robusto, desarrollado en sus miembros, bien hecho de cuerpo y de un rostro varonil, en el cual estaba pintada la audacia y el valor.

No podia desmentir su origen. Su abuelo, que habia pertenecido á esa temible y turbulenta milicia rusa conocida con el nombre de *Stretlitz*, era una de las víctimas que debian ser degolladas por la mano misma del Czar Pedro I, que castigaba ó se vengaba de las persecuciones que de estos géneros rusos sufrió en su juventud. Pedro habia pasado algunas veces junto al abuelo de nuestro teniente, sin decidirse á matarlo.

—Has pasado muchas veces junto á mí y no me has matado, le dijo presentándole el cuello.

El Czar se lo quedó mirando un momento y luego le respondió:

“Eres un hombre bastante hermoso, y por eso quiero perdonarte. Vete.”

Este teniente de artillería, nieto del hombre que por su gallardía perdonó Pedro el Grande, se llamaba Gregorio Orlof. (*)

Con motivo de los deberes de su empleo, Gregorio Orlof tenia que concurrir frecuentemente á la casa del gran maestre de artillería. Allí vió alguna vez con la velocidad de un relámpago, pasar de una pieza á otra una muger que le pareció tan hermosa como una sílfide. Era la princesa de Kourankin, á quien adoraba con todo su corazón el gran maestre de artillería.

Gregorio Orlof decidió arrebatarse á su jefe esta prenda de tanta estimacion y comenzó á poner en planta todos los medios de que usa en tales casos un hombre enamorado, valiente y emprendedor.

A poco tiempo el gran maestre de artillería estaba destronado completamente, y el teniente ocupando el lugar mas preferente en el corazón de la interesante y seductora princesa.

[*] Un sobrino del héroe de esta narracion, llamado Alejo Orlof, es actualmente el ayudante de todas las confianzas del emperador Nicolás. Frecuentemente lo manda al desempeño de misiones diplomáticas á las cortes extranjeras. Capefigue por esta razon lo cuenta entre los diplomáticos y hombres de estado, y habla de él en la obra que últimamente ha publicado.

Una noche, cuando entraba Gregorio con el corazón lleno de amor y la cabeza llena de ilusiones al palacio de la princesa, fué asaltado por seis hombres que lo sorprendieron, lo desarmaron, lo amarraron, le vendaron los ojos y lo colocaron en un carruaje, que echó á andar con violencia.

A cabo de muchos dias de camino, Orlof llegó á la tierra donde van á residir los súbditos rusos que cometen alguna falta en política, en amor, en religion, ó simplemente en la etiqueta establecida.

Los lectores comprenderán que se trata de la fria, de la triste, de la desierta y silenciosa Siberia.

Allí fué el teniente Orlof á espiar con largos dias de soledad, de fastidio y desesperacion, las breves horas de ilusiones que habia tenido en San Pretersburgo.

Un dia, el dia ménos pensado, tal vez quizá en el momento mismo en que Orlof pensaba estrellarse la cabeza contra una pared, fué sacado de su habitacion y conducido con los ojos vendados á un carruaje, que partió con la velocidad del rayo.

Los conductores eran mudos y misteriosos como los que lo arrebataron de la puerta del *hotel* de la princesa de Kourankin.

Gregorio creyó que lo llevaban á una de esas grandes llanuras para matarlo allí, ó abandonarlo para que muriese de hambre.

Despues de muchos dias de camino una noche lo despertaron á deshora, le vendaron los ojos y

cambiando de carruaje, lo hicieron caminar como sesenta horas seguidas, hasta que lo colocaron en un lecho cómodo, donde casi inmediatamente le sobrevino un sueño profundo.

Al día siguiente despertó y se encontró en San Petersburgo en el pabellón de su cuartel. Encima de la mesa había un despacho de capitán.

—¡Oh! la princesa, la buena princesa de Kou-rankin, exclamó Gregorio. Gracias; mil gracias, dijo besando el despacho.

El gran maestro de artillería había sido destinado á una misión fuera de la capital, y el jefe de Gregorio era ya otro general distinto.

Dos días después, cerca de las nueve de la noche, se presentó en el pabellón de Orlof una mujer cuyo rostro estaba cubierto con una máscara.

—¿Teneis valor? le preguntó.

Orlof se echó á reír.

—Positivamente os pregunto si teneis valor.

—¿No habeis conocido á mi abuelo, misteriosa señora?

—No.

—No estraño entónces que me hagais tal pregunta.

—Poco importa vuestro abuelo; lo que quiero que me respondais decididamente es si teneis valor.

—No fuera entónces soldado, contestó Orlof algo impaciente.

—Capitan de artillería ¿no es verdad?

—Es verdad, y cómo lo sabeis, interrumpió Orlof lleno de curiosidad.

—Ya veis que... pero es necesario no perder el tiempo. Venid conmigo.

—Vaya, dijo Orlof, será la princesa...

—¡Silencio! Si mentais á la princesa, sois perdido. Cuando ménos, tendreis que hacer otro viage á la Siberia.

El capitán meneó la cabeza. ¿Pues dónde me llevais?

—Nada puedo responder. Solo os digo que si intentais descubrirme, que si pretendéis averiguar dónde vive y quién es la hermosura que desea tener una conferencia con vos, vuestra vida corre gran peligro.

Orlof inclinó la cabeza y siguió en silencio á la desconocida. Ambos subieron en un coche, dieron muchas vueltas por las calles de San Petersburgo, y se detuvieron por último en una casa de pobre apariencia; allí entraron Orlof y su misteriosa conductora.

Al cabo de dos horas salió Orlof y encontró en la puerta otro carruaje diferente. El cochero lo invitó á montar en él y lo condujo al pabellón del cuartel.

¿De quién era la mano misteriosa que lo había arrancado repentinamente de la Siberia, que le había puesto el título de capitán sobre su mesa y que había hecho variar de residencia al gran maestro

de artillería? Sin duda era la mano del ángel de amor oculto en la pobre y misteriosa casa de un barrio de San Petersburgo; pero ese ángel no era la princesa de Kourankin, aunque como ella, tenía una voz dulce, sonora y persuasiva. ¿Quién era entonces?

Mucho tiempo pasó sin que Orlof pudiese ni aún sospechar quién era la maga encantadora que tanto lo amaba.

En este tiempo los disgustos, mejor dicho, el odio del Czar Pedro III se había desarrollado de una manera formidable contra la princesa Sofia. Estaba ya acordada la publicacion oficial de la deshonra de la madre, declarando que el hijo no era el legítimo heredero del trono. De este paso seguiria el divorcio; y en final resultado para la princesa, el destierro, la persecucion, la muerte, quizá. Era menester un paso decisivo.

Un dia se presentó Orlof oficialmente y vestido de riguroso uniforme ante la princesa Sofia.

—Señora, le dijo, una mano bienhechora me sacó de mi triste destierro, donde seguramente habria muerto, y esta misma mano ha puesto sobre la mesa de mi dormitorio un despacho de capitán y otro de mayor de artillería. Yo soy agradecido y os vengo solo á pedir permiso para obrar y manifestar de una manera palpable mi reconocimiento.

La princesa se puso encarnada y se turbó un poco.

—Nada de lo que me decís comprendo, dijo la princesa.

—Ni yo tampoco lo pretendo, señora, contestó Orlof; lo único que deseo es que me deis vuestro consentimiento para obrar. Vos, señora, debeis ser la emperatriz de las Rusias, ó de lo contrario resignaos al destierro. . . . á la muerte tal vez. Reflexionad, señora.

—Orlof, Orlof, ¿qué vais á hacer? exclamó la princesa, dejando adivinar en el brillo de sus ojos y en la agitacion de la voz la emocion que le causaban las palabras del jóven.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Haced lo que querais, contestó Sofia con voz medio apagada y abandonando al mayor una mano blanca y admirablemente torneada.

—Gracias, señora, mil gracias; dijo Orlof doblando una rodilla y besando respetuosamente la mano de la princesa.

Orlof se retiró.

El 9 de Julio de 1762, estalló un pronunciamiento en San Petersburgo, al cual se adhirieron la mayor parte de los cuerpos de la guarnicion que habian sido de antemano ganados por Gregorio Orlof y sus hermanos.

Los sublevados declaraban incapaz de gobernar á Pedro III, y proclamaban como emperatri á la princesa Sofia.

El emperador Pedro fué reducido á prision.